

# LA URBANIDAD

---

---

UNA cosa que tal vez echen de menos los chicos de aquella época, es la urbanidad, cuya quiebra se inició en Alcázar por entonces, al empezar a tutear los hijos a los padres, con espanto de cuantos lo oían, en los casos rarísimos que se observaba y no entre el pueblo llano precisamente.

Poco a poco, se fueron abandonando las formas respetuosas, considerándose como baladíes las buenas maneras y hasta distinguida la igualdad del trato.

Años después, con la quiebra de todos los resortes morales, se sufrió la más aguda crisis de urbanidad, que no acaba de extinguirse, poniendo de manifiesto la razón que tenían aquellos que se escandalizaban de las primeras desatenciones.

Desde por entonces y no sé si desde antes, es apreciable entre nosotros una incorrección notable, que nuestros abuelos distinguían ya con una frase gráfica: «hacerse el sosca», significando hacerse el distraído, el tonto, el desentendido o el disimulado, para no cumplir en cualquier momento los deberes de cortesía elemental.

Resaltaba sobremanera esta incorrección si contrastaba con la afabilidad excesiva, a *forciori*, en otra circunstancia próxima, y, sobre todo, si se comparaba con los usos y costumbres de otras regiones de mayor cordialidad habitual, como Andalucía, por ejemplo.

¿Qué circunstancias ambientales o sentimientos contradictorios determinaban esa conducta?

Hay el hecho hartamente frecuente de los convecinos o familiares que **están disimulados** y no se relacionan, aunque se observan agudamente y el hecho diario de los amigos y parientes que sin ninguna razón admisible que lo justifique **se hacen los disimulados**, después de verse, para pasar de largo como si no se hubieran visto y el hecho de que una de las dos partes no se dé cuenta realmente y la otra, apercibida, la deja ir sin rechistar, haciéndose la cuenta de que «allá cada uno».

Tan chocante conducta se fué haciendo norma y aun reconocida, no engendraba disgusto por pensar todos que «cada uno, es cada uno», pero sí resentimiento y menor confianza, siendo una de las razones de la falta de compenetración, que a la chita callando, condujo al individualismo imperante, porque «cada uno» visto lo que «el otro» hacía, se encogía de hombros, con el mayor orgullo, pensando que «ni tú pa mí, ni yo pa tí» y ya se había terminado la franqueza para siempre, quedando reinante la soberbia que brota de la tierra áspera.

La urbanidad que se daba en la escuela y se mantenía en las costumbres, no quitaba la aridez del terreno, pero lo suavizaba mucho y aquel «vayan ustés con Dios» que se oía al pasar, incluso levantándose del asiento y buscando el encuentro en lugar de rehuirlo, representaba respeto mutuo, que implica educación, civilización y también fraternidad, que es compenetración, convivencia, amor, tan necesario en las relaciones humanas.

